Un puñado de tierra

y otros poemas

Herib Campos Cervera
(1905-1953)

I

Un puñado de tierra
de tu profunda latitud;
de tu nivel de soledad
perenne;
de tu frente de greda
cargada de sollozos
germinales.

Impreso en Bogotá

II

Ahora estoy de nuevo
desnudo.
Desnudo y desolado
sobre un acantilado
de recuerdos;
perdido entre recodos
de tinieblas.
Desnudo y desolado;
lejos del firme símbolo
de tu sangre.
Lejos.

No tengo ya el remoto
jazmín de tus estrellas,
ni el asedio nocturno
de tus selvas.

Nada: ni tus días de
guitarra y cuchillos,
ni la desmemoriada
claridad de tu cielo.

Solo como una piedra
o como un grito
te nombro y,
cuando busco
volver a la estatura
de tu nombre,
sé que la Piedra es piedra
y que el Agua del río
huye de tu abrumada
cintura y que los pájaros
usan el alto amparo
del árbol humillado
como un derrumbadero
de su canto y sus alas.

vienen a mí, presentes
y telúricas:
tu cabellera torrencial
de lluvias;
tu nostalgia marítima
y tu inmensa
pesadumbre de llanuras
sedientas.

Me habitas y te habito:
sumergido en tus llagas,
yo vigilo tu frente
que muriendo, amanece.

Estoy en paz contigo;
ni los cuervos ni el odio
me pueden cercenar
de tu cintura:

yo sé que estoy llevando
tu Raíz y tu Suma
sobre la cordillera
de mis hombros.

Un puñado de tierra:
Eso quise de Ti
y eso tengo de Ti.

23 de octubre

Iban por las calles:
—juventud, los rostros;
juventud, las almas—.
Cantaban sus himnos
pidiendo justicia;
revuelto el cabello;
cálida, la voz.
...Y un día de octubre
balas asesinas
quebraron sus cantos.

Los vi sobre el mármol:
los ojos purísimos,
cubiertos de sombras;
y sobre los labios

que entonaban cánticos
de fe y esperanza:
¡hielo de silencio!

Nunca más verán tu sol,
Asunción del Paraguay:
los fusiles del Gobierno
colocan rosas de sangre,
sobre los pálidos rostros
de la tropa adolescente.
Sobre estudiantes
y obreros
deja la Muerte su signo
que no se borra jamás...

Asunción del Paraguay
—mi ciudad— los vio
pasar.

Un puñado de tierra,
con el cariño simple
de sus sales
y su desamparada dulzura
de raíces.

Un puñado de tierra que
lleve entre sus labios
la sonrisa y la sangre
de tus muertos.

Un puñado de tierra
para arrimar
a su encendido número
todo el frío que viene
del tiempo de morir.

Y algún resto de sombra de
tu lenta arboleda
para que me custodie
los párpados de sueño.

Quise de Ti tu noche
de azahares;
quise tu meridiano caliente
y forestal;
quise los alimentos
minerales que pueblan
los duros litorales
de tu cuerpo enterrado,
y quise la madera
de tu pecho.
Eso quise de Ti
(—Patria de mi alegría
y de mi duelo:)
eso quise de Ti.

III

Pero así, caminando,
bajo nubes distintas;
sobre los fabricados
perfiles de otros pueblos,
de golpe, te recobro.

Por entre soledades
invencibles,
o por ciegos caminos
de música y trigales,
descubro que te extiendes
largamente a mi lado,
con tu martirizada
corona y con tu limpio
recuerdo de guaranias
y naranjos.

Estás en mí: caminas
con mis pasos,
hablas por mi garganta;
te yergues en mi cal
y mueres, cuando
muero, cada noche.

Estás en mí con todas
tus banderas;
con tus honestas manos
labradoras
y tu pequeña luna
irremediable.

Inevitablemente
—con la puntual
constancia de las
constelaciones—,

Siesta en la hamaca

para Javier Villafañe

Tengo una hamaca:
me voy a tender en ella;
voy a llamar al recuerdo
y esperar...

Ya me he entregado
a la hamaca;
soy de ella; de ella soy.
Dejo que el tiempo gotee
sobre mi frente,
su herrumbre
de ceniza...

Muriendo estoy
en la hamaca;

muriendo...
la hamaca me trae
y me lleva,
sin preguntarme si quiero
morir...

Domingo. Siesta. Silencio.
El viento llora en la calle.
Yo, en la hamaca,
muriendo...

Cien mil puños
reclamaron
justicia, sobre sus cuerpos.
(La justicia no ha llegado,
pero está
en camino ya...).

La vieja patria nos niega
la caricia de su sol:
otra patria nueva
haremos,
que ha de tener para todos
pan, trabajo y libertad.

Los caminos del destierro
nos vio pasar, aherrojados
por cadenas de espionaje.
En un octubre
de crímenes,

me han quitado
mi ciudad:
otro octubre, ardiente
y magno
de nuevo me llamará.

...Y entonces, en ese día
—como a una novia
querida—
he de volver a abrazarte:
¡mía, por fin,
para siempre,
mi Asunción
del Paraguay!